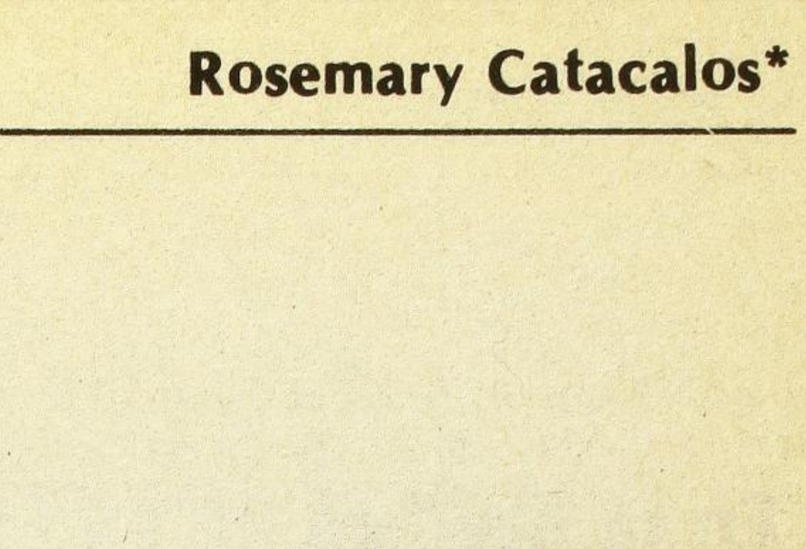
Desde Bolivia, y después de tanto tiempo

Desde tan lejos,
por senderos, caminos, brechas,
a través de selvas, montañas,
dejando atrás ciudades con hombres
y ancianas y cocinas y camas
nupciales
marcadas en sus vientres de piedra;
ciudades cuyas entrañas de umbrales
y calles y cloacas y altares
hace tiempo devoraron todo tiempo,
toda esperanza,
todo deseo en tantas vidas
devorados de golpe en el reloj solar;
dejando atrás dioses emplumados
que todavía
esgrimen la terrible mueca
capaz de derribarnos,
de sacarnos el corazón en vivo,
de llamarnos en nombre del
sacrificio;
dejando atrás españoles
enloquecidos
por un sol extranjero que en la
eyaculación
agónica de sueños vislumbran
féretros de oro;
dejando atrás santos andrajosos y
sanguinolentos
para los muertos de las iglesias,
para los hijos del duelo
y los hijos de sus hijos;
dejando atrás tu propio fulgor vital
con tus cartas de amor para
extranjeras,
con tu callada adicción a la magia,
con tu mirar la oscuridad en el amor
con tu promesa de empatar a la
muerte
fruto por fruto, palabra por palabra,
dicha por dicha, cuando el momento
llegue.
Desde tan lejos
y después de tanto tiempo llegas
con el nombre de mi madre
y su historia quemándote los labios,
cincelado en el hueso de tu frente,
perdido en tus ojos y ademanes.
El nombre que creó a mi madre.
Mi madre con su a veces triste
susurrar para los adentros,
su hábito de últimas fechas de reírse
duro y largo,
sus danzarinas manos que, acaso en
éxtasis,
amaron para abrirme la puerta de
este mundo.
El mismo nombre que al abuelo
diera
su sonrisa de amante del estudio. El
hombre
que lo hiciera descendiente de
campaneros
y fanático incurable del toque y
tono exactos.
El nombre que apartó a mi abuela
de la prevista vida en la hamaca en
plena selva,
el abanico, el árbol de fuego;
lejos del hombre que fuera su
horizonte,
su raíz y tierra, su aire y luz,
para venir a enterrarla aquí
en la tumba de ese nombre
donde yace su postura estática
sobre el féretro del abuelo
en la mentira que a sí misma se
contara
de que es posible aprender a amar.
Esto es lo que traes con este nombre,
el nombre usurpador, el sangrante
nombre,
el divino y terrenal nombre,
nombre de caridad,
nombre de música,
nombre que perdura desparramado
en rosas,
en tu voz, tu rostro, tu obra.
Para eso me has llamado,
para que en un solo aliento
me quepan duelo, luto, penitencia,
jubilación.
¿Cómo puedes sugerir que se oculta
la belleza?
¿Cómo, que no tenemos pasado?
Tú, que tanto traes
en un nombre
azarosamente
y a través de todos estos siglos
primo mío, sangre mía, amante mío.



Misión canto

Casa junto a la acequia,
de porche oscurecido y
fresco por las begonias,
casa vieja, siempre allí,
siempre con su mismo adobe
rebosando siempre las mismas
lecciones.
Nos gustaría detenernos allí.
Sabemos que allí pertenecimos.
Dentro están nuestras madres.
Dentro estás todas las madres
encendiendo velas, poniéndose de
pie
y volviendo a arrodillarse,
suplicando a la Virgen perdón
por habernos devanado
en cordeles tan delgados.
Temen por nosotros.
Saben que no nos detendremos.
Agitaremos las manos al pasar de
largo.
Y seguirán orando
porque recobremos la sencillez
primera.

*Rosemary Catacalos, poetisa estadounidense nacida en St. Petersburg, Florida, nieta de un matrimonio griego-mexicano.

Traducción de
Tita Valencia

En la basílica

Hablaba la vieja de tiempos peores,
tiempos en que los niños zumbaban
en las ventanas
como moscas,
los ojos legañosos de hambre
gritando "¡Mamá! ¡Mamá!"
y esgrimiendo cuchillos con los que
uno a otro
se amedrentaban
al apiñarse en torno a la lamentable
olla de frijoles que ella traía
hirviendo, sobre el vientre.
Hizo por todos lo mejor que pudo.
Algunos habían muerto, niños
asfixiados por hedores de orina y
fiebre,
niñas de columnas vertebrales
vencidas como arcos,
su propia sangre escurriendo entre
las piernas;
pero muchos sobrevivieron
y vivían ahora en los grandes
complejos habitacionales del
gobierno
y ellos mismos encendían sus velas
y cada vez la visitaban menos
salvo el niño ojo de vidrio
que se decía su nieto
y le esculcaba la bolsa
cuando la creía ocupada
con sus escasas plantas floreciendo
en botes de café.
Ayyy, así se hizo acreedora a corona
de santidad.
"Jesús, María y José..."
Todo para darse el lujo ahora
de pasar hambre, sola.

Trilogía de la sangre nupcial

I

Otra sangre menstrual que se
derrama
con la luna llena.
Yazgo en cama, enferma de amor e
incapaz
de arriesgar nada. Gente que me trae
comida, medicinas, música. Algunos
aventuran
que rezarán por mí.
Entiendo que la muerte, como la
vida
recién parida, es mujer confiable
y sin embargo tiemblo.
Este dolor difuso bajo
las costillas. Esta sangre
que no cesa de manar.
Este velo de poemas
simbólica investidura de castidad.

II

Entreveo a las abuelas: me hacen
señas
desde el cielo
abuelas todas como madrinas de
honor
en los silencios alfombrados de sus
zapatillas rotas
y merecidas estrellas por coronas.
Quieren prestarme
lo viejo, lo nuevo, lo azul
de sus alas. Parecen felices
aunque hablan poco y vuelan menos
de lo que habría imaginado yo.

III

Me embarga el terror.
El cortejo del que siempre
hablamos se ha iniciado en forma.
Todo el día han llegado flores.
me precipito irreversiblemente hacia
la mortaja nupcial,
la elección de la entre todas
irrevocable música
la lluvia de arroz sobre el féretro,
latas vacías y zapatos viejos atados a
la única
procesión a la que siempre se
concedé el paso.
Unica y sola desfloración.
La dulce y breve luna de miel bajo
tierra
antes de que huesos, uñas, pelo se
confundan
y se instauren en el cielo de la
jornada perdurable.
Me embarga el terror.
Dicen que el matrimonio es para
siempre.